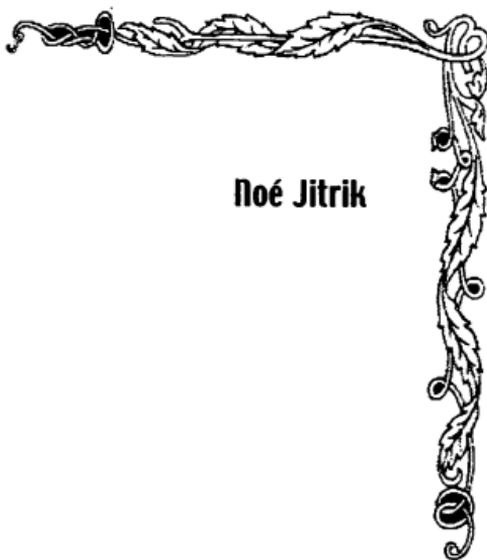


Presentación



Noé Jitrik

Las revistas universitarias son ante todo espacios dilemáticos. Por un lado, parecen estar destinadas a ser la desembocadura de las labores de investigación científica o, al menos, rigurosa que se llevan a cabo en los respectivos centros; por el otro, deberían ser un vehículo de transmisión de los conocimientos que en esos centros se producen; en otras palabras, deben recoger determinado orden de producción inherente a las instituciones que las promueven y sostienen, eso que se designa como investigación, y, al mismo tiempo, introducir alguna marca en la cultura general de una sociedad de la que son deudoras.

Están pensadas y autorizadas para cumplir con esos objetivos pero, sin embargo, tales funciones parecen estar disminuidas por el hecho de que el código y el lenguaje especializado que sin duda emplean restringe el acceso de un público lector amplio y dificulta una lectura que debería ser igualmente rigurosa. Ese doble carácter entraña casi irremediablemente restricciones de lectura y sobre todo de difusión, lo cual, porque la difusión es un ícono de nuestra cultura, suele poner en cuestión su necesidad.

De hecho, difícilmente puedan conciliar ese sentido con lo que parece ser una obligación o una necesidad de democratizar los saberes: en esta sociedad eso se lleva a cabo a través de mecanismos de circulación de los que, por lo general, esas revistas carecen. Por tales razones, las que existen suelen ser objeto de miradas reticentes por parte de responsables institucionales que, con espíritu pragmático, suelen manifestar que mejor sería aplicar los fondos que ellas insumen a otras tareas de mayor o más claro beneficio social. En no pocas ocasiones quienes dirigen las instituciones en las que la existencia de las revistas se justifica, están tentados a limitarlas o impedir las porque tales publicaciones no alcanzan niveles de ventas –concepto que se confunde con trascendencia de las posibles lecturas– que permitan recuperar la inversión que, en tales circunstancias, aparece como mero e inútil gasto: ¿por qué no

emplear los fondos destinados a ellas en otros rubros, de mayor o sólo evidente impacto social, se preguntan?

Lo hacen acaso con inocencia, o desde una filosofía pragmática que culmina en la también dudosa noción de éxito, acaso con una idea limitada acerca de los efectos que a mediano y largo plazo pueden tener las silenciosas operaciones que se llevan a cabo en los recovecos institucionales, léase institutos, centros, laboratorios, poco expuestos a miradas externas. Pareciera que hay que hacerse cargo de tal situación que redunde, en lo práctico, en una suerte de restricción de tirajes por una parte, de infimos mecanismos de distribución y de promoción por la otra, sin contar con cierta actitud benevolente o tolerante que considera, no sin sarcasmo, que importa poco que los investigadores "se den el gusto" de ver impresas sus cosas. Está implícito en esa manera de sentir que la publicación es menos una necesidad de "dar a conocer" que un deseo no confesado de aumentar un currículo.

Pero, en buena ley, nadie podría discutir dicha necesidad, menos porque la revista deba probar que quienes la piensan y la hacen puedan exhibir los productos de su trabajo, sean cuales fueren, que porque es o debe ser un espacio de adelanto científico, de esclarecimiento, de modernización de las prácticas desde las que parte. Se trataría, entonces, de enfrenar ambas situaciones y, al dar nacimiento a una nueva publicación, resolver esa duda inicial.

En la perspectiva de iniciar una nueva publicación, cuyo nombre es ya un homenaje a uno de los más importantes escritores argentinos, Antonio Di Benedetto, el Instituto de Literatura Hispanoamericana no ha hecho otra cosa que remontarse al sentido que tuvo su creación: estrechar lazos con el resto del continente, expandir el conocimiento que se puede tener acerca de problemas, obras y autores y crear un espacio de acción cultural de alcances científicos pero, también políticos, puesto que considerar la actividad literaria de otros países es acercarse a ellos en los niveles más preclaros; trabajar en el orden de las culturas implica tal vez una posibilidad más sólida y duradera de relacionar y comprender.

Por ello, *Zama*, cuyo primer número estamos presentando, por el carácter latinoamericano del Instituto de Literatura Hispanoamericana, que es donde se gesta y se realiza, y como centro de conexiones internacionales, procurará albergar en sus páginas no sólo a sus propios investigadores sino también a investigadores externos, cuyos trabajos confluyen temática y conceptualmente, con el fin de que en los hechos se establezcan amplios panoramas, semillero de ideas, innovación de lenguajes, seriedad en los enunciados.